

conocimientos de nuestros humanistas estriba en hacerlo desde el estudio de problemas concretos y delimitados como los que aborda este trabajo.

Centrado el enfoque sobre el círculo de humanistas que trabajaron en la Universidad y la Biblia de Cisneros: Nebrija, el Comendador Griego, López de Zúñiga y los hermanos Vergara, no se prescinde, sin embargo, de un primer capítulo centrado sobre «Clima espiritual», que es, inevitablemente, el que ha sido más afectado por el paso del tiempo y en el que más falta hubiera hecho la actualización bibliográfica.

La parte I (pp. 35-171) está dedicada a Nebrija y, para suerte del lector, los capítulos dedicados a «La filología bíblica en las obras del Nebrijense», «Nebrija como 'Gramático' ante la Escritura» y siguientes van precedidos de sendos estudios sobre «El ambiente y el hombre» y «La formación filológica y bíblica de Nebrija». Por cierto que podemos hacer una contribución respecto a la observación presentada en pp. 57s: «Sin embargo, y como prueba de su dependencia del Medioevo, recoge todavía en la *Ap* una discusión bien conocida, una especie de *crux* que ha dado muchos quebraderos de cabeza a los comentadores del *Decretum* de Graciano. Nebrija lo presenta como una posible objeción de la "muchedumbre profana" a la que seguramente se sumará la "turba de los charlatanes". ¿Se trata de una objeción real que le han planteado su oponentes? Nos inclinamos a pensar que no, que es una simple dificultad retórica sugerida por él mismo a partir del tópico en boga entre los canonistas». La respuesta dada al interrogante es correcta: se trata de procedimiento conocido en griego como *hypophorá* y en latín como *subiectio*, muy frecuente en la discusión: cf. G. L. Cooper, *Zur syntaktischen Theorie und Textkritik der attischen Autoren*, Zürich 1971, pp. 9 ss.

Los restantes capítulos ofrecen en general una presentación básicamente similar, de modo que primero es estudiada la personalidad y luego sus contribuciones al tema más concretamente objeto de estudio en esta monografía, hasta llegar, como culminación, a la Biblia Políglota Complutense.

Todo ello está desarrollado con el mejor rigor y acierto (aparte algunas erratas que no es difícil de corregir), lo que nos autoriza a felicitar a la Institución San Jerónimo por haber publicado esta obra que desde ahora será de consulta imprescindible.

J. LENS

BENJAMIN SASS, *The Genesis of the Alphabet and its Development in the Second Millennium B.C.* Ägypten und Altes Testament, Band 13. In Kommission bei Otto Harrassowitz. Wiesbaden 1988. XII + 221 pp. 294 figuras. ISBN 3-447-02860-2.

En el «Preface» (pp. VII-VIII) se nos explica cómo el origen lejano del estudio fue el descubrimiento, en Febrero de 1977 y en la conocida localidad sinaítica de Serabit el-Jadem, de dos nuevas inscripciones. La intención inicial de publicarlas cuajó en un proyecto más ambicioso de someter a examen el desarrollo del alfabeto

en el segundo milenio a.C.; proyecto que culminaría en una tesis doctoral, leída, en su etapa final, en 1985, en la Universidad de Tel Aviv, y cuya edición revisada y puesta al día constituye el núcleo del presente trabajo. La bibliografía queda detenida, con algunas excepciones, en el 31 de Diciembre de 1987 (p. 2).

El estudio se abre con una breve introducción de dos páginas, en que se nos informa de cómo el autor consiguió confrontar el original de unos dos tercios de las cerca de treinta inscripciones protosinaíticas y de algo más de la mitad de los alrededor de treinta textos conocidos como «protocananeos» o «fenicios primitivos» (la cuestión de la terminología se discute en la p. 162, decidiéndose por mantener la tradicional). En el estudio de cada texto, el autor a veces da cuenta de sus laboriosos, pro muchas veces fallidos, intentos por poder confrontar el original. Se nos dice también que «The main object of this book is to arrive to a better understanding of the palaeographical, archaeological and chronological issues associated with the Proto-Sinaitic and Proto-Canaanite inscriptions» (p. 1). Y se adelanta: «A complete decipherment of the Proto-Sinaitic and Early Proto-Canaanite inscriptions is still unachevable because of the paucity of the texts and their fragmentary nature» (*ibid.*). Conclusión un tanto desalentadora para los que estamos interesados fundamentalmente por el aspecto lingüístico de las inscripciones. Precisamente una de las principales aportaciones del libro, según confesión del propio autor, es una crítica un tanto despiadada del intento de desciframiento de las inscripciones protosinaíticas hecho por Albright y de sus conclusiones de tipo lingüístico (pp. 45-50). En alguna ocasión se llegará a decir que un par de inscripciones han sido «rewritten by Albright» (p. 49). Después de una lectura detenida del texto, no recuerdo que se discuta la interpretación de A. van den Branden («Nouvel essai d'interprétation des inscriptions protosinaitiques», en *Bibbia e Oriente* 21, 1979, 155-252), aunque se cita en la bibliografía. La deuda reconocida con F.M. Cross (p. 1) no es óbice para que se pongan en entredicho sus conclusiones, sobre todo por lo que respecta a la cronología absoluta de las inscripciones protocananeas (pp. 159s). Se nos indica también que quedan fuera del campo de estudio determinados tipos de inscripciones del segundo milenio, entre ellas las de Deir 'Allā y los discutidos «pseudo-jeroglíficos» de Byblos.

El capítulo 2 («History of Research») se termina (p. 7) con estas reflexiones: «Should they ever come to light, Proto-Canaanite inscriptions from the beginning of the Late Bronze Age and lists of the long Proto-Canaanite and the reduced cuneiform alphabets would undoubtedly clarify many intractable problems».

Los capítulos 3 y 4, dedicados respectivamente al estudio de las inscripciones protosinaíticas y de las protocananeas y fenicias primitivas, constituyen quizás, con un total de cien páginas, la parte más importante del trabajo. Se analizan una por una las inscripciones con una detallada descripción de cada una y de los intentos de lectura, incluido el del propio autor. Una serie de láminas, colocadas al final del libro, ayudan a seguir los intentos de desciframiento. Naturalmente, no podemos resumir en estas líneas el contenido de esos capítulos, que nos ha llevado muchas

horas de lectura. Sí, sólo, destacar la honradez científica —aunque con efectos desilusionantes para el lector no especializado— con que los resultados se presentan en la mayoría de los casos como puramente conjeturales y llenos de lagunas e interrogaciones.

Un capítulo 5, titulado «Palaeography», tras algunas breves consideraciones iniciales sobre problemas como la acrofonía y la relación del alfabeto protosinaítico con el fenicio y con los jeroglíficos egipcios, pasa minuciosa revista a cada una de las letras. Unas tablas colocadas a partir de la p. 180, especialmente las numeradas como 4, 5 y 6, ayudan a seguir el desarrollo del análisis. No tenemos nada especial que decir sobre este punto, que interesará fundamentalmente a los especialistas en paleografía.

En cambio, el capítulo 6 («Chronology») creo que interesa a todos los semitistas, fundamentalmente porque el autor se replantea el interesante problema de las inscripciones protosinaíticas. Frente a la opinión hoy generalizada de que dichas inscripciones pertenecen a la época inicial de la dinastía 18 (y, en consecuencia, son posteriores a las más antiguas protocananeas), el autor, aunque con muchas vacilaciones, parece inclinarse por resucitar la hipótesis de Gardiner, situándolas a finales de la dinastía 12 (hacia 1800 a.C.). El problema está relacionado con el del lugar de origen del alfabeto. El autor analiza los argumentos de tipo arqueológico (cf. p. 139: «The dating of the Proto-Sinaitic texts is thus still open, although indirect and circumstantial evidence seems to tip the scale in favour of a 12<sup>th</sup>-Dynasty date»), paleográfico y lingüístico (entre ellos, la posible existencia de un diptongo sin reducir y un *nun* sin asimilar), para terminar con un balance de conclusiones cuyo resumen quizás pueda estar condensado en su matizado párrafo final (p. 144): «In short, there is no unambiguous evidence for the date of the Proto-Sinaitic inscriptions, either in the 12<sup>th</sup> Dynasty or in the 18<sup>th</sup>; both dates are possible from the archaeological and palaeographic (and linguistic?) points of view. And concerning the sum of indirect and circumstantial evidence available, I would suggest that it does not contradict, and to a certain extent it even reinforces, the dating of the Proto-Sinaitic inscriptions to the 12<sup>th</sup> Dynasty... Nor is there solid evidence for locating the birthplace of the alphabet, but lacking 12<sup>th</sup>-Dynasty alphabetic inscriptions in Palestine and Egypt after more than a century of intensive excavations, it is Sinai we are left with». Con todo, previamente se ha insinuado (p. 143): «We shall probably never know how exactly the idea of the alphabet came to the mind of its inventor(s). But if this person was literate in Egyptian, then he was not unfamiliar with the concept of breaking up words into their component consonants: the Middle Kingdom system of writing foreign names employed at least twenty, out of 27-29, of the consonants of his own language».

En cuanto a la cronología de las inscripciones protocananeas, primero se hace un intento de clasificación relativa basada en motivos paleográficos, y a continuación un intento de fechación absoluta, utilizando en lo posible criterios de tipo arqueológico. En ambos apartados, pero sobre todo en el primero, se enfatiza

la dificultad de fijar la cronología. Destacamos algunas afirmaciones: «as long as the pictographs were in use and there had been no transition to linear forms, no chronological conclusions should be drawn from differences in the letters» (pp. 145-146); «Absolute dates which are based solely on palaeographic criteria should be treated with scepticism... Only when the palaeographic evidence is corroborated by historical, linguistic or archaeological data can it serve as a firm basis for dating» (p. 151); «if the common "Settlement" origin for the **Raddana** and **'Izbet Šarṭah** inscriptions were not known, the distance between them would have been set on palaeographic grounds anywhere between a few years and a half a millennium» (p. 152); «In the present state of our knowledge, the range of error, even at the end of the second millennium, is 100 years and more... The generally accepted date for **Ahīram's** sarcophagus (1000 B.C), which is beyond the scope of this study, should be regarded in this light, as should the other inscriptions earlier than **Mesha's stele**» (pp. 153-154). No obstante, se sugieren algunas conclusiones, al parecer con algo más de convicción: «If the date of the **Proto-Sinaitic** inscriptions should indeed be towards the end of the Middle Kingdom (about 1800 B.C.), the Earliest Proto-Canaanite texts could be assigned a date slightly later than this» (p. 151); «The Proto-Canaanite inscriptions can be divided into three groups... The first group dates from the Middle Bronze Age and the beginning of the Late Bronze. The second group dates from the thirteenth-twelfth centuries... The transition to linear letters... took place within this group. As far as is known, only the 22-letter alphabet was in use at this stage... The third group probably starts with the **el-Khadr arrowheads**. These inscriptions, of the twelfth-eleventh (or just eleventh) centuries, retain only a few of the pictographic features though the direction of writing had not yet stabilized. The next inscriptions, from the (late?) eleventh and tenth centuries, may be labelled **early Phoenician**» (p. 156). El cuadro de la p. 155 refleja la hipotética cronología, tanto relativa como absoluta.

El 7º y último capítulo comienza con un necesario «Summary» que, al menos, condensa los problemas, aunque, con honestidad científica, los deje en parte sin resolver. Destacamos por su interés para los semitistas en general la conclusión de la p. 159: «Clearly, too little Proto-Sinaitic material survives to permit a reconstruction of the structure of the language, its date and exact place among the Northwest Semitic languages. The Northwest Semitic affiliation itself seems secure, if only because of the association between the Proto-Sinaitic and Proto-Canaanite inscriptions». Se reafirma también (contra la conocida opinión de Gelb) el parentesco del alfabeto fenicio con el protosinaítico y protocananeo, y el origen de éstos, al menos en su mayor parte, a partir de los jeroglíficos egipcios y según el principio de la acrofonía. Otros puntos tratados en este capítulo son los relacionados con el alfabeto cuneiforme (tanto el «largo» como el «breve»), su origen, cronología y distribución (el largo, adaptación cuneiforme del protocananeo de 27 letras, realizada en Ugarit hacia mediados del siglo XIV a.C.; el breve habría entrado en uso en el siglo XIII, continuando durante el XII, probablemente fuera

de Ugarit, en algún lugar de Siria o Norte de Palestina, aunque con expansión posterior, mientras en el Sur se seguía empleando el protocananeo); la historia primitiva de los alfabetos sud y norarábigos («The concept of the consonantal alphabet was learnt in Southern Arabia from the users of the Northwest Semitic alphabet(s), as demonstrated by the forms of some of the letters. Several of them closely resemble **Phoenician** letters of the eleventh-tenth centuries, and it is to this period that I have assigned the beginning of the South Arabian alphabet» [p. 167]); y, finalmente, la historia primitiva del alfabeto griego, con una revisión de la conocida teoría de Naveh de un «eleventh-century borrowing of the alphabet by the Greeks», para concluir que «Semitic epigraphical considerations very similar to Naveh's imply that a tenth-ninth century borrowing is at least as plausible... a ninth-century date seems to be the best choice at present» (p. 167). Aquí, como en otros lugares, el autor se remite a futuros estudios suyos.

Para terminar esta ya larga reseña quisiéramos añadir un par de comentarios de tipo bibliográfico, espigados un poco al azar. Sin duda por la fecha de terminación del estudio no han podido incluirse en él dos artículos que tocan puntos tratados en el libro. Se trata de A.G. Lundin, «Ugaritic Writing and the Origin of the Semitic Consonantal Alphabet», en *Aula Orientalis* 5/1 (Enero 1987) pp. 91-99, y A.G. Loundine, «L'Abécédaire de Beth Shemesh», en *Le Muséon* 100 (1987) pp. 243-250.

En alguna ocasión (por ejemplo, pp. 91 y 92) el autor saca conclusiones de sus análisis de algunas inscripciones, como el «Tekke bowl» o el «Nora fragment», para poner en tela de juicio los argumentos aducidos para adelantar la fecha de la expansión fenicia hacia occidente. En el momento de escribir estas líneas llega a mis manos el artículo de R.R. Stieglitz, «The Geopolitics of the Phoenician Littoral in the Early Iron Age», en *BASOR* nr. 279 (August 1990) pp. 9-12, en que se retoca el problema.

A. TORRES